

TERCER DOMINGO DE PASCUA

La semana pasada reflexionamos sobre cómo Cristo resucitado se encuentra con nosotros en medio nuestro temor, entrando en las salas cerradas de nuestras vidas y dándonos paz. Esta semana, el recorrido de la Pascua sigue recordándonos que la recuperación no se debe vivir en el aislamiento. Después de encontrar la misericordia, empezamos a caminar de forma diferente, y no estamos caminando solos.

Muchos de nosotros podemos recordar momentos durante la recuperación en los que nos sentimos desanimados, confundidos o desconectados. Quizá esperábamos que, una vez comprometidos con el cambio, las cosas se volvieran más claras o fáciles de manera rápida. En cambio, nos encontramos con momentos de lucha, tentación o malestar emocional que no sabíamos cómo manejar. En esos momentos, puede ser tentador alejarse, regresar al secreto o dudar si es posible un cambio duradero.

El Evangelio de este domingo narra la historia de dos discípulos que, después de la crucifixión, se alejan de Jerusalén y van hacia Emaús (Lucas 24:13-32). Mientras caminan, se nos narra que *“Jesús se les acercó y comenzó a caminar con ellos; pero los ojos de los dos discípulos estaban velados y no lo reconocieron.”* Están procesando la pérdida, tratando de entender lo que ha ocurrido.

Este momento puede sentirse familiar durante la recuperación de la adicción sexual. Muchos de nosotros caminamos en aislamiento durante mucho tiempo, creyendo que nuestras luchas debían mantenerse ocultas. Incluso después de comenzar la recuperación, podemos seguir confundiendo nuestras emociones, nuestros deseos o nuestra identidad. Como los discípulos, puede ser que sigamos avanzando sintiéndonos inseguros.

Mientras caminan, Jesús les pregunta: *“¿De qué cosas vienen hablando, tan llenos de tristeza?”* y entonces se detienen con la mirada baja. Les invita a hablar abiertamente. Esta es una parte fundamental de la recuperación. La sanación comienza cuando sacamos nuestra experiencia a la luz. El secreto nutre la adicción, pero la honestidad rompe su poder. Cuando hablamos abiertamente

con un padrino o madrina, alguien ante quien compartir la responsabilidad o un grupo, comenzamos a experimentar unión en lugar de aislamiento.

Jesús no los corrige de inmediato. En cambio, camina con ellos y, gradualmente, les ayuda a entender. Se nos cuenta que *“comenzando por Moisés y siguiendo con todos los profetas, les explicó todos los pasajes de la Escritura que se referían a él.”* En la recuperación, esto refleja el papel del apadrinamiento y la rendición de cuentas. Otros nos ayudan a ver conductas que no podíamos reconocer por nosotros mismos. Caminan junto a nosotros, ofreciendo perspectiva y apoyo.

Con el tiempo, los discípulos notan que algo está cambiando dentro de ellos: *“¡Con razón nuestro corazón ardía, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras!”*. El crecimiento en la recuperación ocurre de manera lenta. A medida que seguimos comprometidos con la honestidad, la unión y la oración, algo dentro de nosotros comienza a cambiar. Empezamos a vernos de forma diferente: no como personas definidas por nuestro pasado, sino como amados hijos de Dios.

El momento clave llega cuando se sientan a la mesa. Jesús *“tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se los dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron.”* Para nosotros, esto apunta a la Eucaristía y a la experiencia de la unión real. A medida que permanecemos presentes, nos involucramos en la recuperación y permanecemos con apertura, comienza a surgir la claridad.

Uno de los cambios más importantes en la recuperación es pasar del secreto a la unión. Donde antes nos escondíamos, ahora empezamos a compartir. Donde antes solo dependíamos de nosotros mismos, ahora empezamos a confiar en los demás. Donde antes nos sentíamos divididos, ahora empezamos a vivir con mayor integridad.

Los discípulos vuelven para compartir lo que han vivido. De la misma manera, nuestra disposición para compartir nuestra historia puede ayudar a otros a salir del aislamiento. Nuestra experiencia se convierte en parte de la obra de Dios que actúa en la vida de los demás.

La Pascua nos recuerda que Cristo camina junto a nosotros, incluso en los lugares que alguna vez intentamos esconder. A medida que nos mantenemos en recuperación, se nos invita a seguir con apertura: a la honestidad, a la rendición de cuentas y a la presencia de Dios en el camino.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

■ ¿Cuándo has experimentado en tu proceso de recuperación que eres atraído hacia el aislamiento o el secreto?

■ ¿Cómo entiendes hoy el sacar a la luz tu experiencia?

■ ¿Cómo te ha ayudado caminar junto a los demás para crecer en honestidad e integridad?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Hechos 2:14, 22-33

SAL. RESP. Salmo 16:1-2, 5, 7-8, 9-10, 11

SEGUNDA LECTURA 1 Pedro 1:17-21

EVANGELIO Lucas 24:13-35